

Por qué fallan los pronósticos.

La extrapolación, los intereses y la claudicación de la imaginación del futuro.

1. La arrogancia de la predicción.

Los ejercicios de prospectiva fallan sistemáticamente. No porque quienes los elaboran sean incompetentes, sino porque el futuro es estructuralmente impredecible y porque los intereses de quienes encargan esos ejercicios condicionan los resultados. La prospectiva, tal como se practica, no es un ejercicio de imaginación, sino de extrapolación, puesto que se proyecta el presente hacia adelante asumiendo que las tendencias actuales continuarán. Y cuando no continúan, el pronóstico se revela como lo que era, una profecía interesada.

La tesis de este ensayo es que la incapacidad de imaginar el futuro no es un defecto cognitivo, sino un mecanismo de poder. Si no podemos imaginar un mundo distinto, no podemos exigirlo. Si el futuro se presenta como una extrapolación del presente, la política se reduce a gestionar lo existente. Y quienes se benefician de lo existente tienen un interés evidente en que el futuro se imagine como una continuación del presente.

Este ensayo examina por qué fallan los pronósticos, con datos concretos de España y del ámbito internacional, y concluye que la solución no pasa por más tecnología predictiva, sino por más democracia e imaginación.

2. La trampa de la extrapolación.

El sesgo más común en la prospectiva es la extrapolación lineal, aquella que asume que el futuro será como el presente, solo que más. El psicólogo Daniel Kahneman llamó “falacia de planificación” a la tendencia a subestimar los obstáculos y a sobreestimar la capacidad de control. Los seres humanos pensamos en líneas rectas en un mundo que se mueve en curvas, saltos y discontinuidades.

El ejemplo de las proyecciones demográficas del INE es revelador. En 2018, el organismo publicó sus proyecciones de población para el periodo 2018-2068. Pocas semanas después, las corrigió porque contenían un error que afectaba a todas las cifras: a los hijos de madre nacida fuera de España se les aplicaban erróneamente las hipótesis demográficas como si ellos también hubieran nacido fuera.

Más grave es el historial de las proyecciones de población en España, que han corregido sistemáticamente al alza las previsiones de inmigración y a la baja las de natalidad, porque los modelos no captan la complejidad de los flujos migratorios ni los cambios culturales que afectan a la fecundidad. La AIReF (Autoridad Independiente de Responsabilidad Fiscal) estima que la población española alcanzará los 52,1 millones en 2050, pero a partir de 2029 la inmigración no bastará para evitar el descenso de la población en edad de trabajar. Cada revisión es una confesión de que el futuro no se deja prever.

3. La dictadura del presente.

La dificultad de imaginar un mundo radicalmente distinto es otro de los grandes obstáculos. La caída del Muro de Berlín en 1989 es el ejemplo canónico. Nadie la predijo. Salman Rushdie declaró que a principios de noviembre de 1989 hubiera tildado de loco a quien pronosticara la inminente caída del Muro, “impensable entonces aun para los expertos”. Y no fue un caso aislado, tampoco hubo quien acertara a pronosticar la generalización de los ordenadores personales o la irrupción de internet tal como la conocemos.

La razón es que los ejercicios de prospectiva parten del marco mental de su época. Los expertos que analizaban la Guerra Fría no podían imaginar un mundo sin ella porque toda su carrera se había construido sobre ese marco. Como señala un análisis retrospectivo, “los pronosticadores no podían comprender que ese marco de referencia estaba tan condenado como el propio Muro”. La prospectiva no amplía el horizonte, lo confirma. Nos hace más inteligentes sobre el presente, pero no más lúcidos sobre el futuro.

4. El cisne negro y la complejidad.

Nassim Nicholas Taleb lo formuló con claridad: los acontecimientos más importantes de la historia son los que nadie vio venir. La crisis financiera de 2008, la pandemia de COVID-19 o la irrupción de la inteligencia artificial generativa. Los sistemas complejos producen resultados emergentes que no se pueden deducir de las partes y los modelos predictivos, por sofisticados que sean, no pueden anticipar lo que no está en los datos.

El psicólogo Philip Tetlock dedicó veinte años a estudiar la capacidad predictiva de los expertos. Su conclusión es demoledora al señalar que las predicciones fueron, en promedio, ligeramente más acertadas que las suposiciones al azar, pero el mercado de ideas no elimina a los malos expertos porque no existe una rendición de cuentas. En algunos casos, los expertos rindieron significativamente peor que procedimientos estadísticos mecánicos, incluido el azar. Y cuanto más lejano era el horizonte temporal, peor era la precisión, tanto para especialistas como para generalistas.

5. Los intereses de la prospectiva.

¿Quién encarga los ejercicios de prospectiva? Gobiernos, empresas y think tanks. Y a menudo los encargan para legitimar decisiones ya tomadas, no para explorar alternativas. El Consejo Nacional de Inteligencia de Estados Unidos publicó durante décadas el informe *Global Trends*, un ejercicio cuatrienal de prospectiva global. Sus predicciones más conocidas (la crisis climática, las nuevas pautas migratorias o el riesgo de pandemia) se cumplieron, pero el informe fue cancelado en 2025 por considerarse políticamente inconveniente. La prospectiva incómoda se suprime, mientras que la que legitima el statu quo se financia.

El caso de la Agencia Internacional de la Energía (AIE) es igualmente ilustrativo. Un análisis de la Universidad LUT que examinó todos los *World Energy Outlook* entre 1993 y 2022 concluyó que la AIE subestimó de forma consistente el crecimiento de la energía solar y eólica, y sobrestimó el crecimiento de la bioenergía y la energía nuclear.

En 2010, la potencia eólica real superó en un 260% la previsión que la AIE había hecho para ese horizonte en 2002. Los escenarios de la AIE no son neutrales, al reflejar los intereses de las economías fósiles que financian parte de su estructura. La prospectiva energética no describe el futuro, lo negocia.

6. La imaginación del futuro.

La falta de vocabulario, metáforas y narrativas para imaginar un futuro diferente es quizá el obstáculo más profundo. El filósofo Mark Fisher llamó “realismo capitalista” a la sensación de que no hay alternativa al sistema actual, de que es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo. La ciencia ficción, que durante décadas fue un laboratorio de futuros alternativos, se ha convertido en gran medida en una reproducción del presente, con naves espaciales y pantallas holográficas, pero con las mismas jerarquías, los mismos conflictos y las mismas desigualdades.

En España, el ejercicio *España 2050*, publicado en 2021, es un ejemplo de prospectiva oficial. Pero un análisis crítico de 2025 señala que el país sigue “sin rumbo, sin modelo y sin estrategia para un 2050 que ya está más cerca que el año 2000”, y que “estamos peor que entonces, como un país que se empeña en seguir remendando pantalones viejos mientras el resto del mundo cambia de traje”. La prospectiva no ha servido para transformar el país, sino para producir informes que se archivan.

7. La vida con prospectiva.

El fracaso de la prospectiva no es un problema técnico, sino político y cultural. No se resuelve con más datos o mejores modelos, sino con más imaginación y democracia. La prospectiva debe ser un ejercicio colectivo, no una prerrogativa de expertos. Las asambleas ciudadanas, los presupuestos participativos y los ejercicios de deliberación abierta son formas de imaginar el futuro desde abajo, sin los sesgos de los que siempre han tenido el poder de definir el mañana.

La estrategia del sistema es clara al presentar el futuro como una extrapolación inevitable del presente para que nadie se atreva a imaginar alternativas. Si el futuro ya está escrito, la política se reduce a gestionarlo. Y quienes gestionan el presente tienen un interés evidente en que el futuro no se abra a la imaginación democrática. La prospectiva, tal como se practica, es una herramienta de clausura, no de apertura.

Recuperar la imaginación del futuro exige reconocer que los pronósticos fallan y que ese fracaso no es inocente. De igual forma, requiere que los ejercicios de prospectiva sean transparentes en sus supuestos y en sus fuentes de financiación. También ha de abrir los procesos de deliberación sobre el futuro a la ciudadanía, no solo a los expertos y a los lobbies. Y por último, debe recuperar la utopía como horizonte, no como sueño irrealizable, sino como brújula que orienta la crítica del presente.

Porque si no podemos imaginar un futuro distinto, no podremos construirlo. Y si no lo construimos, otros lo construirán por nosotros.